

ALFREDO PAREJA, LA HUELLA DE UN BUSCADOR

La muerte encontró a Alfredo Pareja Diezcanseco cuando ya nadie dudaba de su gran talla académica, cuando el país entero reconocía su múltiple contribución a la cultura nacional. Ante su tumba desfilaron no solamente la intelectualidad progresista del Ecuador; también se congregaron varios de los ideólogos de la derecha clerical que hasta hace algunos años lo consideraban un aventurero de la ciencia y hasta "hijo legítimo de Belcebú".

Pareja había llegado al trabajo histórico cuando ya era uno de nuestros mayores novelistas, miembro del "Grupo de Guayaquil" del cual fue el último sobreviviente. Para entonces había escrito una docena de novelas, entre ellas varios de nuestros "clásicos". Cuando, según el contaba, recibió la inesperada propuesta de escribir un Manual de Historia del Ecuador para una editorial extranjera, aceptó la oferta y produjo un libro que en poco tiempo se hizo famoso.

El clero y la derecha le cayeron a palos. Hubo un fraile feroz que hasta negó el valor de la obra como pieza literaria. Pero el librito fue imponiéndose como texto alternativo a la versión de la Historia Patria de los canonizadores de García Moreno. Desde luego, el trabajo tenía serias limitaciones. La más grande quizá es que el autor había tenido que improvisarse como historiador, aprender dolorosamente el manejo de las fuentes y aceptar que el pasado se reconstruye solamente a base de la presentación de evidencias.

Pero el que el novelista Pareja, identificado con las corrientes progresistas del liberalismo de los años treinta haya devenido en historiador, no es coincidencia. La Revolución de 1895 había puesto al liberalismo en el poder pero, al cabo de transacciones y componendas realizadas sobre las cenizas de Don Eloy, las fuerzas del latifundismo lograron conservar un espacio de poder político y cultural, que en el caso de la historia fue casi absoluto. No se dio en el Ecuador una "Escuela Histórica Liberal". Roberto Andrade, el apestado, Pío Jaramillo Alvarado, el gran acusador de los asesinos de Alfaro, apenas lograron sobrevivir cultural y hasta materialmente. No pudieron consolidar una corriente alternativa a la que, comprometida con el proyecto político de la derecha, contaba al mismo tiempo con todos los recursos para hacer Historia: bibliotecas, archivos y tiempo de rentistas para dedicarlo a escribir.

Al haber renunciado el liberalismo a su propia interpretación de la Historia, los intelectuales de la izquierda liberal de entonces, tuvieron que asumir la tarea de reivindicar los elementos progresistas y revolucionarios de la transformación liberal y más particularmente del alfarismo. Y algunos de ellos tuvieron que improvisarse como historiadores, para hacer la Historia Liberal que no había. En este contexto Alfredo Pareja deviene en historiador y produce su texto, transformándose en uno de los más lúcidos intelectuales orgánicos de la burguesía ecuatoriana.

En la misma línea de trabajo historiográfico Pareja publicó su biografía de Eloy

Alfaro, *La Hoguera Bárbara*, una obra escrita con pasión, con maestría de narrador y con la consigna de vender a los lectores la figura real y humana de un gran revolucionario. Aun con las opiniones en contrario, entre las que quizá se encontró la del autor, este libro y el texto de Historia, son, sin duda, las obras de Pareja de mayor impacto en la cultura nacional.

La doble calidad de maestro del relato e historiador daban a Pareja una gran fuerza en su producción intelectual, pero también constituían su mayor límite, ya que su obra fluctúa desde intentos de interpretación global de la realidad, hasta explicaciones que empobrecen el análisis por la supervaloración de los conflictos personales y las causas subjetivas. La calidad del relato no corre paralela con el análisis económico y social, limitado, cuando no inexistente. Pareja fue un gran divulgador, pero su fuerte no era, al contrario de lo que han afirmado algunos de sus comentaristas en los últimos tiempos, la investigación de fuentes primeras en archivo. En ese sentido no fue un investigador y sus esfuerzos en este campo produjeron más bien magros resultados.

Todos reconocen que en su larga vida, Alfredo Pareja sirvió al país con rectitud como diplomático, llegando a ejercer el Ministerio de Relaciones Exteriores. Aunque sobre todo en los últimos años lo vimos a veces convertido en apologista incondicional de un gobierno y un partido, hasta en sus políticas más lejanas al progresismo, en la larga duración de su producción de periodista y crítico nos revela una inalterable conducta en defensa de los grandes valores de la democracia, tal como la entendía limpia y honorablemente.

Pero más allá de estos límites es preciso reconocer en él dos valores fundamentales. El primero es que, precisamente por su antecedente literario, logra como ningún otro historiador, antiguo o nuevo, presentar un cuadro vivo, animado de la realidad, en donde los personajes y las circunstancias son expuestos con plasticidad y calor. El segundo es que, su crítica militante, sistemática y fundamentada de la versión clerical conservadora de la Historia Nacional, lo consagra como uno de los más firmes antecesores de la nueva corriente historiográfica de nuestro país.

Enrique Ayala Mora

PRESLEY NORTON, 1932-1993

La prensa nacional ha destacado las importantes contribuciones que Presley Norton hiciera al país, como hombre de empresa, periodista y promotor cultural. Hay que señalar, sin embargo que detrás del hombre público existía un investigador comprometido con la cultura ecuatoriana, particularmente con sus remotas raíces a cuyo estudio dedicó sus mejores años y la época más vigorosa de su capacidad intelectual. Iniciado, desde temprano, como coleccionista de antigüedades, Presley no tardaría en renegar públicamente de su afición, consciente de que el pasado de un pueblo no debe ser solamente recogido de la tierra sino también interpretado y explicado para conocimiento de las generaciones futuras. A este efecto estableció el *Programa de Antropología para el Ecuador y la Fundación Humboldt* para fomentar las investigaciones tanto en Arqueo-

logía como en Antropología Social. Asimismo, fundó en Salango un Centro de investigaciones arqueológicas, al que dotó de instalaciones para arqueólogos visitantes y de laboratorios para análisis de materiales de las excavaciones realizadas en el área. Además, un museo hecho con todos los adelantos de la técnica fue puesto en funcionamiento para difundir los resultados de estas investigaciones. A este centro cultural, Presley le añadió en los últimos años una faceta ecológica surgida de la necesidad de salvar las especies animales en vías de extinción. Al respecto, el Centro rescata animales vivos que han sido sacados de su medio ambiente natural y los devuelve a su hábitat luego del respectivo tratamiento. Un esfuerzo importante también ha constituido la formación de una colección ósea de especies ecuatorianas (única en el país) para estudios comparativos de arqueozoología. Con esta infraestructura, no sorprende que un sinnúmero de investigadores y estudiantes nacionales y extranjeros hayan realizado estadias en Salango para dictar cursos, aprender, o llevar a cabo estudios específicos, muchos de los cuales han sido publicados en el país y en el exterior.

En el ámbito científico Presley se interesó particularmente en las culturas formativas de la costa ecuatoriana. Sus excavaciones en el sitio de Loma Alta (ca. 2700 AC) permitieron determinar la existencia de un grupo de agricultores que vivían a 15 Km., aproximadamente, de la playa y que producían un excedente para intercambio con las aldeas valdivianas dedicadas a la pesca y recolección de moluscos marinos. Este incipiente intercambio local llevó gradualmente a Presley a interesarse en el intercambio regional, particularmente de la concha *Spondylus*, cuyos talleres de procesamiento fueron hallados y excavados en la isla de La Plata, y en el sitio de Salango. La investigación realizada en este último sitio arrojó una secuencia cultural que cubre casi todos los períodos de la arqueología costera, proveyendo de paso indicios suficientes para la búsqueda y definición del Señorío de Salangone reportado en las crónicas y que habría sido uno de los centros más importantes de la "liga de mercaderes" de Jacinto Jijón Caamaño.

En todas estas actividades, Presley trabajó activamente, ya investigando, ya proveyendo los fondos necesarios que, más de una vez, tuvieron que salir de su patrimonio personal. Y por si ello fuera poco, Presley tuvo que lidiar con las burocracias, los militares que confundieron sus cajas de *Spondylus* con las arcas de un galeón hundido, en fin, las entidades estatales que arrasaban sitios arqueológicos en vez de darles lustre y relevancia. Por ello, reconforta saber que su familia y sus amigos están empeñados en continuar la labor de Presley, ahora con una Fundación que llevará su nombre. Es, ciertamente, el mejor tributo que puede hacerse a su memoria.

Ernesto Salazar

JULIO ESTRADA YCAZA, 1917-1993

El 21 de agosto de 1993, a las 11 de la noche, murió en Guayaquil el señor Julio Estrada Ycaza, debido a una antigua afección cardíaca. Tenía 75 años de edad, pues había nacido en esa misma ciudad el 16 de noviembre de 1917.

Julio Estrada perteneció a una distinguida familia porteña, entre cuyos miembros más destacados se cuentan su abuelo, Emilio Estrada Carmona, presidente de la República en 1911; su padre, Víctor Emilio Estrada Sciacaluga, prestigioso banquero, casado con doña Isabel Icaza Marín, y su hermano, Emilio Estrada Ycaza, destacado arqueólogo. Julio Estrada contrajo matrimonio con María Teresa Sola Franco, con quien tuvo cuatro hijos.

Estudió en los colegios católicos "Cristóbal Colon" y "La Salle" de su ciudad natal y también, debido a los viajes de su familia, en Italia, Bélgica y Francia. Los últimos años de su educación secundaria los realizó en la Academia Militar Baylor, de Chattanooga, en el estado norteamericano de Tennessee, donde se graduó con altos honores. Inició sus estudios superiores en los Institutos Tecnológicos de Massachusetts y de California, pero los dejó trunco por su deseo de independencia y regreso a su patria para trabajar como vendedor de seguros. Mientras tanto continuó estudiando por sí mismo economía, seguros y matemáticas actuariales, temas sobre los que llegó a ser profesor de la Facultad de Economía en la Universidad de Guayaquil.

Tuvo una vida muy activa y fue empresario de seguros y de hoteles, Director de la Cámara de Comercio de Guayaquil, delegado a la Conferencia Económica Nacional de 1945, articulista de *El Universo* y *El Telégrafo*, constructor de vivienda económica, Presidente del Patronato de los Barrios Suburbanos de Guayaquil, Gerente de la Sucursal en Guayaquil del Banco Ecuatoriano de la Vivienda, Subgerente de Servicios Culturales del Banco Central del Ecuador, Sucursal en Guayaquil.

Cuando tenía cuarenta años quiso continuar la idea de su padre de escribir la historia económica del Ecuador. Nunca llegó a realizar tal proyecto, pero desde entonces fue dedicándose cada vez con mayor entusiasmo a la investigación histórica, hasta convertirse en uno de los más notables historiógrafos ecuatorianos de la segunda mitad del presente siglo.

Su obra histórica es muy amplia y abarca temas muy diversos, muchos de ellos novedosos, en los que abrió el camino para otros investigadores. Entre sus libros constan los siguientes títulos: *El hospital de Guayaquil* (1966; 2a. ed., muy ampliada, 1973), *El puerto de Guayaquil* (2 vols., 1972-73), *La fundación de Guayaquil* (1974), *Los bancos del siglo XIX* (1976), *Regionalismo y migración* (1977), *La lucha de Guayaquil por el Estado de Quito* (2 vols., 1984), *Andanzas de Cieza por tierras americanas* (1987) y *Banco Central del Ecuador. Breve historia de la fundación de la Sucursal Mayor en Guayaquil* (1987). A esa impresionante lista habría que añadir el *Catálogo de medallas del Ecuador* (1988, en colaboración con Víctor Iza Rodríguez), el tercer tomo de *El Puerto de Guayaquil* y otros libros que dejó terminados o por terminar, varios artículos en revistas especializadas y muchos más de tema histórico en la prensa diaria.

Pero allí no termina su contribución a los estudios históricos, ya que supo unir su pasión por esa disciplina con su capacidad de hombre de empresa en el Archivo Histórico del Guayas. El fue uno de los creadores de esa institución, a la que dirigió entre 1971 y 1988. Allí publicó la mayoría de sus libros, junto con muchas obras históricas notables de autores nacionales y extranjeros, a veces traducidas por el propio Estrada. El Archivo dirigido por él se convirtió en uno de los centros históricos más importantes del país y la *Revista del Archivo Histórico del Guayas* llegó a cobrar merecido prestigio en los círculos profesionales. Por todo ello el señor Estrada fue elegido Miembro de Número de la Academia Nacional de Historia en 1984, donde ocupó el sillón de Carlos Manuel Larrea.

Toda la vida pública de Julio Estrada Ycaza estuvo marcada por un fuerte guayaquileñismo anticentralista, que rayaba en el regionalismo, sin desbordar el cauce de su profundo patriotismo. Quienes lo conocieron lo describen como un hombre amable y bondadoso, pero también enérgico, polémico y conflictivo. Todo esto se refleja en su obra histórica, que en gran parte se consagra a Guayaquil, sus tradiciones y sus glorias. En ocasiones sus libros parecen escritos demasiado de prisa, con el ímpetu de quien abre una trocha, pero no tiene ocasión de dejarla bien consolidada. Se lanzan ideas, se dan datos, se sugieren líneas de investigación, pero a veces el lector añora la obra pausadamente escrita, morosamente ensamblada, en que cada párrafo cumple una función previamente asignada y el conjunto resulta sólido, poderoso, convincente. Ello no obstante, Julio Estrada Ycaza fue uno de los más notables historiadores ecuatorianos de su tiempo.

Carlos Landázuri Camacho